

ISBN 978-950-33-1651-1

Edición de

GUSTAVO BLÁZQUEZ
MARÍA CECILIA DÍAZ
FABIOLA HEREDIA
AGUSTÍN LIARTE TILOCA
MARÍA GABRIELA LUGONES
MARÍA LUCÍA TAMAGNINI

Mujeres y Antropología en la Escuela de Psicología, UNC (1986-1994)

Mujeres y Antropología en la Escuela de Psicología, UNC (1986-1994)

Edición de

Gustavo Blázquez
María Cecilia Díaz
Fabiola Heredia
Agustín Liarte Tiloca
María Gabriela Lugones
María Lucía Tamagnini

Colecciones
del CIFYH 

Mujeres y Antropología en la Escuela de Psicología, UNC, 1986-1994 / Gustavo Blazquez ... [et al.] ; editado por Gustavo Blazquez ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1651-1

1. Antropología. 2. Mujeres. I. Blazquez, Gustavo, ed.

CDD 305.43

Publicado por

Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Epílogo

Gustavo Blázquez*

A riesgo de repetir lo ya dicho, esta publicación resume discusiones y resultados del seminario interdisciplinar “Taller de pesquisa en Historia de la Antropología Social” que, entre nosotrxs, llamábamos *impuro*. La palabra, utilizada para nombrar a colegas sin formación de grado en Antropología, tenía algo de tabú. Su uso solía reservarse al espacio amical y correr por los pasillos o charlas en bares. No se empleaba en público.

Nos divertía jugar con esa categoría que describía a varixs docentes del seminario y no se aplicaba a otrxs. Nos acusábamos mutuamente buscando confrontar lúdicamente la fuerza mágica que otorgaba la “Licenciatura en Antropología”, el “grado”, capaz de sancionar identidades profesionales ¿Qué quería decir/hacer la separación entre antropólogxs *purxs* e *impurxs*? ¿Cómo se hacía en Córdoba y qué hacía, en nuestro medio académico y profesional, esta distinción? ¿Cómo impacta en la narración de una historia de la Antropología en Córdoba y en Argentina? ¿Qué relación guarda con las políticas de filiación del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina que distingue entre miembros *regulares* y *extraordinarios*? ¿Acaso la existencia de dos espacios, que alguna vez fueron uno, de investigación en Antropología (CIFYH y Museo de Antropología) en

* Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.
gustavoblazquez3@hotmail.com



la Facultad de Filosofía y Humanidades se conecta con la separación entre *purxs* e *impurxs*? Teníamos muchas más preguntas que respuestas.

La curiosidad nos aventuró por espacios de enseñanza universitaria de la disciplina en Córdoba: las cátedras. Procuramos concentrarnos en un tiempo de reconformación de un mundo de la Antropología después del regreso de la democracia y en los albores de la implantación del modelo neoliberal. Por aquellos años, la ausencia de carreras relacionadas directamente con las ciencias sociales era una marca de la Universidad Nacional de Córdoba. La Antropología se enseñaba en cátedras específicas, distribuidas en cuatro Escuelas de dos Facultades en la UNC: Historia y Psicología (Facultad de Filosofía y Humanidades), y Ciencias de la Comunicación y Trabajo Social (Facultad de Derecho y Ciencias Sociales).

Nos detuvimos específicamente en el espacio curricular de la Escuela de Psicología. Resultaba interesante la novedad de su creación asociada con el Plan '86 que reemplazó la currícula establecida por la última dictadura. El Plan '78 desapareció a la Antropología Social presente en el Plan '69 y la suplantó por una Antropología Filosófica. El regreso de la Antropología a la formación en Psicología se asociaba con la vuelta a las formas democráticas y la necesidad de pensar al sujeto en su dimensión social. Nos llamó la atención el nombre, extenso y rimbombante, de la materia: *Antropología Cultural, Contemporánea y Latinoamericana* ¿De qué otras Antropologías se buscaba tomar distancia? ¿Qué se quería marcar con esta larga denominación? ¿Qué decía esa localización en el Sur y desde el presente?

De acuerdo a las ideas que manejábamos en el seminario-taller, focalizarnos en esta cátedra nos permitiría entender con mayor complejidad el proceso de formación en y de la Antropología en la Facultad de Filosofía y Humanidades, y la Universidad Nacional de Córdoba. A poco de andar, tomamos conciencia que todas las docentes eran mujeres. Sin querer, arribábamos a un capítulo que hablaba de las relaciones de género en la formación de los mundos académicos ¿Existiría alguna relación entre la identidad de género de esas trabajadoras y la escasa o nula atención que le prestaban los relatos existentes sobre la historia de la Antropología en Córdoba?

Otra de las razones que nos orientaron hacia esa cátedra fue la relación profesional y afectiva que Agustín Liarte Tiloca y yo teníamos con ese

espacio académico de la hoy Facultad de Psicología. Esta “familiaridad” nos atraía.

En 1987 ingresé a la carrera de Psicología y al año siguiente “descubrí” la Antropología en una cátedra tan novedosa como revoltosa. Cursé la asignatura en 1988 en una universidad masiva y con un exiguo cuerpo docente. Éramos más de 800 alumnxs y sólo cuatro profesoras. Giorgis y Sagristani daban los teóricos mientras que Lucila, Noemí y varixs estudiantes de Historia se encargaban de los prácticos. Como en las otras materias, las clases eran multitudinarias además de obligatorias. Para conseguir una buena ubicación había que llegar temprano y si no, se escuchaba desde las ventanas. Se fumaba y tomaba mate o algo más espirituoso en el turno noche. El invierno era cruel y las ratas corrían encima del precario cielorraso de telgopor del Aula 1 del pabellón Francia Anexo.

Las clases eran muy divertidas y polémicas. Una de las profes, la que tenía el pelo colorado, era más teatral y sus exposiciones cortaban el aire. Ella era la titular. Se decía que *entró por concurso*, lo que representaba para nosotrxs una garantía de calidad. Marta Giorgis traía ejemplos etnográficos de los Andes donde había vivido. Hablaba de México, Ecuador, Bolivia e ilustraba sus argumentos con objetos, para muchxs de nosotrxs, exóticos. Recuerdo que enseñaba un peine hecho con espinas de cardones. Hablaba de vírgenes, el Tío del socavón, sincretismos religiosos y cultura de la pobreza. Mostraba un libro con fotografías de hermosos jóvenes Kau desnudos y pintados, tomadas por Leni Riefensthal. También planteaba discusiones relacionadas con el racismo, el colonialismo, el nacionalismo, la lucha armada y el rol de lxs antropólogxs.

El programa de la cátedra realizaba una crítica abierta al sistema colonial y a las lecturas esencialistas del “ser nacional” y el “folklore”. Leíamos a Hernández Arregui, Lombardi Satriani, Oscar Lewis. Se discutía, a la luz de los escritos de Amílcar Cabral, el carácter ineludible de la lucha armada en el proceso de liberación nacional. Las clases eran un fuego. Con una gran participación estudiantil se armaban importantes debates que leían el presente. *La Giorgis* se apasionaba. Citaba a Frantz Fanon y a un jesuita antropólogo boliviano, Xavier Albó. Se hablaba de raza, de Guamán Poma, de Pachakutik. Los exámenes finales eran largas horas de

espera. Recuerdo que había que tener cuidado con “cultura de la pobreza”. Sabíamos que las profes no estaban de acuerdo en cuanto a esta noción y había que adecuar estratégicamente las respuestas según quien tomara el examen.

Los temas tratados escapaban a las expectativas de parte del alumnado, especialmente de quienes se interesaban por el psicoanálisis y su versión lacaniana. La fiebre estructuralista, aún no se hablaba de posestructuralismo, requería de la lectura de Lévi-Strauss y sus teorías del parentesco, el mito y el inconsciente. Interesaba el incesto y la universalidad del Complejo de Edipo, no el retrato del colonizador y el colonizado, y mucho menos las máscaras blancas y las pieles negras. Una porción de estudiantes consideraba que el enfoque resultaba anacrónico, “sartreano”, “fenomenológico” o “demasiado” marxista. Se contaba que el año anterior hubo otro profe, Iván Baigorriá, que daba esos temas. Ahora había una nueva cátedra. El Plan ‘86 estaba en marcha. Era la primera vez que se dictaba esa cátedra. Para mí, y muchxs compañerxs, fue todo un descubrimiento.

Al año siguiente me acerqué a esa cátedra donde conocí a Marta Sagristani y a Noemí Córdoba, con quienes después nos volvimos a encontrar en la Escuela de Historia. También me encontré con Lucila, quien estaba casada con un artista plástico colega a quien conocía del mundo del arte. Luego llegaron Mónica Maldonado, Susana Ferrucci, Adriana Sismondi.

Marta Giorgis orientó mis lecturas, especialmente aquellas que politizaban el concepto de cultura. Marta se enojaba con Lévi-Strauss, a quien yo leía y fichaba con gran placer, y se irritaba cuando acusaba a Marx de evolucionista. Ella siempre recordaba la existencia del “modo de producción asiático”.

Con los meses, trabamos una particular amistad. Conocí a sus hijos y a su madre, y ella a Marcelo, mi pareja. Pasábamos tiempo juntos, la vi actuar en un teatro del Paseo de las Artes; una noche se le cayó el decorado encima y nos reímos mucho. Con Marta nos divertimos a lo grande, cenamos y brindamos en su departamento de Martín García, veíamos películas en VHS, viajamos a Bolivia y llegamos hasta el Cuzco, realizamos sueños, vivimos aventuras y nos peleamos en 1991.

Recuerdo esos años como tiempos efervescentes de grandes encuentros y peleas descomunales. Poco después de ingresar como adscripto a la cátedra, Giorgis y Sagristani se enemistaron a causa de los resultados del

concurso para profesor adjunto. Se produjo cierta grieta y se formaron bandos. Hubo impugnaciones y pedidos de reconsideración. Casi como en una telenovela, unas profesoras no se hablaban con otras y, en ocasiones, las reuniones de cátedra se transformaban en instantes catárticos de gritos y malestares. Eran momentos tensos y dramáticos, dignos de un análisis turneriano o una pieza de vaudeville.

En la época, y más en una carrera de Psicología, esos conflictos se explicaban en función de las características personales de las participantes. Hoy, y a la luz de los análisis que construimos durante el seminario-taller, podemos pensar esas disputas en función de la intensidad afectiva y el grado de compromiso sentimental con la labor docente. En un sentido, tan metafórico como literal, estas mujeres le ponían el cuerpo a la Antropología. Preparaban las clases con detenimiento y desarrollaban sus argumentos con gran pasión, abrían sus bibliotecas para que pudiéramos fotocopiar los libros, nos recomendaban películas y obras literarias. En las clases teóricas multitudinarias no había sistemas de amplificación de la voz para las docentes que debían exponer a pura garganta. Las jefas de trabajos prácticos corrían de comisión en comisión, donde alumnxs avanzadx cumplían el rol de profesorxs. En más de una oportunidad, ante la falta de aulas, los prácticos se cursaban en el departamento de algunx compañerx. Las docentes corregían cientos de parciales escritos en desprolija letra cursiva en hojas arrancadas de un cuaderno de apuntes.

La intensidad del compromiso laboral se conjugaba con la precariedad a la que se enfrentaban estas mujeres universitarias, de mediana edad, al regreso del exilio. Ellas buscaban iniciarse en su carrera profesional como docentes y contribuir al proceso general de redemocratización de la sociedad argentina. Sin embargo, el escenario no resultó tan prometedor como suponían. El número de puestos de trabajos para docentes universitarios no se incrementó notablemente, acotando con fuerza las posibilidades laborales. Las dedicaciones horarias nunca eran a tiempo completo; en el mejor de los casos eran *semi* y mayoritariamente *simple*. Esta precariedad salarial las obligaba a acumular cargos y a luchar con ferocidad para obtener uno. Ellas tampoco ingresaron al, muy restringido y clientelar, sistema de becas que otorgaba CONICET en la época. Las promesas de la primavera democrática parecían no cumplirse. La vocación por lo colectivo y las dificultades para llevarlo a cabo marcaban esos primeros años de la cátedra de *Antropología Cultural, Contemporánea y Latinoamericana*.

Quizá sea posible pensar a esta cátedra, con los profundos amores y odios que animaban los vínculos y en la precariedad laboral del cuerpo docente, como un laboratorio político, epistemológico y afectivo. En este nuevo espacio, que trajo la recuperación democrática y el resurgimiento de un *ethos* reformista, se gestó una Antropología cordobesa por fuera de la tradición de Alberto Rex González, asociada con el Instituto de Antropología y la cátedra de Antropología Cultural de la Escuela de Historia.

Desde la cátedra de la Escuela de Psicología se proponía una renovación de las perspectivas teóricas con una fuerte impronta marxista y anti-colonial, que posteriormente se enriqueció con los aportes del feminismo. Estos cambios abrieron nuevos temas como los sentimientos, las emociones, las subjetividades y los cuerpos. También trajo preguntas acerca de su construcción social en medio de fuertes procesos de dominación que incluían la cuestión racial y colonial. Esta renovación fue encarada por mujeres con algún tipo de militancia política y de trabajo con comunidades que acercaba su labor a la “Antropología aplicada”, un tanto descalificada frente a la Antropología *pura* que se hacía por fuera de las aulas.

